HS- *Horizontes Sociológicos*- AAS- Año 3.- Número 6.
Julio-Diciembre 2015.- Argentina.- ISSN: 2346-8645.- Pp. 119-134

Reflexiones etnográficas sobre lo espacial en la producción social de las políticas y las vidas de jóvenes de sectores populares

Paula Isacovich

Licenciada y doctoranda en Antropología Social. Docente Regular en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de José C. Paz. Investigadora en temas de juventudes, antropología política, y políticas estatales, en el área metropolitana de Buenos Aires.

Correo electrónico: paulaisacovich@gmail.com

Resumen

Este artículo presenta resultados de una investigación doctoral finalizada sobre la producción social de políticas de juventud en el sur de la ciudad de Buenos Aires. El trabajo de campo etnográfico que sustenta la investigación permitió advertir la relevancia de lo espacial para comprender las políticas y los modos en que estas se inscriben en las vidas de jóvenes y trabajadores estatales. Cuestiones tales como la localización geográfica de las actividades, la circulación de las personas, las características edilicias y los usos de las instalaciones, en suma, los espacios donde tienen lugar las políticas, son producidos social e históricamente en procesos que implican la creación y recreación de relaciones sociales, atravesadas por conflictos y modos de alianza y cooperación.

La discusión que quiero dar aquí revisa alguna literatura sobre políticas de formación laboral para jóvenes a la luz de los modos en que lo espacial fue analizado. Luego, recuperando aportes antropológicos sobre las políticas estatales y la economía política de las vidas de jóvenes de sectores populares, procuro mostrar otros modos en que la mirada colocada en el espacio contribuye a explicar la producción de las políticas, la reproducción de la vida social, y las formas particulares que cobra la dominación.

Palabras clave: Políticas estatales | Juventudes | Espacio | Desigualdad

Abstract

This article presents results of a completed doctoral research on the social production of youth policies in the south of Buenos Aires City. The ethnographic fieldwork that sustains the research allowed realize the relevance of the space to understand the policies and ways in which they are enrolled in the lives of youth and state workers. Issues such as the geographical location of the activities, the movements of people, the building characteristics and uses of the plant, in short, spaces where policies are held, are socially and historically produced in processes involving the creation and recreation social relationships permeated by conflicts and ways of partnership and cooperation.

The discussion here would like to review some literature on job training policies for youth in the light of the ways in which the space was analyzed. Then, recovering anthropological contributions on State policies and the political economy of the lives of young people from popular sectors, we try to show other ways in which the gaze placed in space helps to explain the production of policies, the reproduction of social life, and particular forms of hegemony.

Keywords: State policies | Youth | Space | Inequality

Introducción: inicio del trabajo de campo

Fui al Bajo Flores, por primera vez, un caluroso viernes por la tarde de fines de 2009. Aquel barrio situado en Buenos Aires, la ciudad donde he vivido desde niña y por la cual circulé ampliamente a lo largo de mi vida, era, no obstante, desconocido para mí: nunca lo había recorrido ni a pie ni a bordo de algún vehículo. Luego de unos 30 minutos de viaje, desde mi casa hacia al sur de la ciudad, descendí del ómnibus. Había ido hasta allí para conocer una política estatal de formación laboral para jóvenes y adolescentes, centrada en el aprendizaje de oficios, que aquel día celebraba sus 20 años de historia. Por lo que pude ver, se trataba de una institución que ofrecía talleres de oficios para jóvenes y adolescentes, y también otros talleres complementarios como Derechos Humanos, Lectoescritura, y otros ; todo ello de lunes a viernes por la mañana.

Guillermo[1] me había invitado al festejo para que conociera la experiencia y considerara la posibilidad de comenzar allí una investigación antropológica sobre políticas de juventud en el cordón sur de la ciudad. Él trabajaba allí como docente del taller de Construcciones e Instalaciones en CooPA. Cuando me indicó telefónicamente cómo llegar, en lugar del nombre de una calle y una numeración -como acostumbro a referir las direcciones en distintos barrios de la ciudad de Buenos Aires-, me explicó que debía acercarme en ómnibus hasta la intersección de dos calles, y desde allí caminar dos cuadras, atravesar una plaza, bordear un gimnasio y una cancha de fútbol. Así encontraría CooPA.

Poco antes de llegar a la esquina indicada, intenté ubicar esas referencias en un mapa pero no logré identificar un recorrido. En cambio, allí donde debía ver una plaza, entre otras indicaciones, el plano mostraba un espacio amplio con el nombre de Barrio Rivadavia[2], sin calles ni otras divisiones.

Le consulté por CooPA a una señora con uniforme de enfermera que se había acercado a la puerta del ómnibus para bajar en la misma parada. Me miró asombrada, me preguntó si conocía el barrio y me advirtió que no debía circular por allí sin conocer, porque era peligroso. Luego se ofreció para ayudarme a encontrar el lugar al que me dirigía.

Al bajar, recorrimos algunas cuadras a pie desde la parada del ómnibus hasta la sede de los talleres. En ese recorrido pude observar numerosos comercios, consultorios odontológicos, edificios estatales como campos de deportes, una escuela, un Centro de Políticas Sociales[3], un Centro de Salud, algunos puestos callejeros de venta de alimentos y ropa usada, una plaza, dos comedores, un centro de jubilados y también la presencia de numerosas personas en pequeños grupos en la esquina donde se concentran paradas de colectivos y una calle que permite *entrar*[4] al barrio en auto (a diferencia de otras calles que son más angostas, por las que sólo es posible circular a pie). Algunas de esas instituciones mostraban una arquitectura que podía reconocer como propia de construcciones estatales de las últimas tres décadas, y contaban con carteles identificatorios de las actividades allí realizadas, así como, de las áreas de gobierno con las cuales estaban relacionadas.

En cuanto a las viviendas, junto a clásicas construcciones de dos o tres unidades por terreno, similares a las que pueden verse en distintos barrios de clase media de la ciudad, se venían numerosas edificaciones habita-

1.- Los nombres de las personas son ficticios para preservar la confidencialidad. En cuanto a Guillermo, se había recibido de Maestro Mayor de Obras en una escuela secundaria técnica. Conoció el Bajo Flores en los años ochenta como militante de una organización de orientación marxista, y luego volvió al barrio a comienzos del siglo XXI para trabajar en CooPA.

2.- El barrio Rivadavia fue resultado de un proceso de urbanización que tuvo lugar a mediados del siglo pasado y que fue, en parte, reconstruido en la década del ochenta del mismo siglo, en un sector de la villa del Bajo Flores. La amplia zona conocida como el Bajo Flores cubre tierras bajas que eran antiguamente húmedas, cenagosas. Allí se vaciaba basura de la ciudad de Buenos Aires y con el tiempo se instaló una usina incineradora de residuos. De esta manera, el terreno fue siendo rellenado con residuos y cenizas de la *quema*. En torno a la venta de elementos rescatados de entre la basura algunas familias organizaban su subsistencia y ese fue el origen de las villas del Bajo Flores que crecieron desde mediados del siglo pasado (Prignano, 2009).

3.- Describo las instituciones en terminos génericos y apelando a nombres ficticios toda vez que no haya recibido de parte de sus trabajadores una voluntad expresa de hacer público el nombre real, como sucedió en el caso de CooPA.

4.- Como señaló Segura (2009), las metáforas de la entrada y la salida del barrio marcan estos territorios socialmente demarcados y segregados, lo que no implica ni aislamiento ni autonomía pero sí una distinción que tiene efectos sobre la vida de las personas.

das sobre las lozas de algunas viviendas que en muchos casos mostraban el ladrillo hueco sin revestimiento, o no tenían colocadas ventanas aun cuando estaban los agujeros correspondientes en las paredes. También observé puertas que parecían conducir a subdivisiones en la planta baja de algunas unidades.

Mientras caminábamos, la señora me preguntó por los talleres, quiso saber si yo era trabajadora social, maestra o qué estaba haciendo allí, y comentó que iba a traer a sus hijos "para que no se metan en líos porque el barrio está bravo".

Estas primeras referencias tales como los modos de codificar una ubicación verbalmente y en un mapa; las advertencias de la señora sobre los peligros de circular por allí y la identificación que hizo de mí rápidamente, como una persona ajena al barrio; o bien la presencia de numerosas instituciones y, en particular, de comedores; o las edificaciones subdivididas y las paredes a medio construir que se elevaban en la altura, configuraron una primera impresión en persona del barrio Rivadavia, y de la zona más amplia conocida como el Bajo Flores, densamente poblada y conformada por villas y viviendas construidas por planes habitacionales. Pese a los "peligros" de los que fui advertida, esa primera visita fue importante para comenzar a vincular ese territorio con dimensiones de la vida que quedan ocultas en las imágenes que lo estigmatizan como uno de los barrios más violentos de la ciudad. En otras palabras, caminar el barrio me permitió acortar y, a la vez, comenzar a vislumbrar las distancias sociales que se expresan en imágenes espaciales (Segura, 2009) y que hacen a los modos de relación de los barrios populares con otros espacios de la ciudad.

Ese día se celebraba la historia de CooPA pero también era ocasión de la muestra de fin de año donde se exhibía el trabajo realizado en los talleres durante 2009. Así, en las distintas aulas, se exhibían textos y gráficos que exponían temas trabajados en los talleres, como por ejemplo aspectos relativos al funcionamiento de un motor de combustión; elementos de legislación laboral y derechos de los trabajadores; ilustraciones sobre circuitos eléctricos o de instalaciones de agua corriente; entre otros. Guillermo me acompañó a ver una muestra de fotos sobre los veinte años de esta experiencia. Mientras observábamos las imágenes, fue relatando algunos hitos que consigné en un registro de campo:

> "La exposición de fotos en el patio del edificio mostraba distintos momentos de la historia desde que, cuando Juan Carlos Grosso era intendente de Buenos Aires (en 1989), un grupo de trabajadores estatales que buscaban inaugurar talleres de oficios en el Bajo Flores, consiguieron el lugar; hasta ahora. En el relato de Guillermo se destacaban algunas cosas: cómo habían ido construyendo el edificio de que hoy disponen (que al principio no tenía más que un par de ambientes y hoy tiene al menos 6, ubicados en dos plantas); que arrancaron con el taller de Mecánica y poco a poco fueron incorporando otros oficios como Herrería o Periodismo; las historias de algunas personas que integran el proyecto, las dificultades para conseguir recursos, y las relaciones con distintas gestiones gubernamentales de la ciudad." (Registro de campo, 10-12-2009)

Aquella llegada al Bajo Flores condensa el inicio del trabajo de campo de mi investigación doctoral sobre *"La producción social de políticas de juventud en el sur de la ciudad de Buenos Aires"*[5]. Para abordar el tema adopté una perspectiva de antropología política y un enfoque relacional centrado en los vínculos entre jóvenes, mujeres y varones, y agentes estatales. La metolodogía que seguí fue etnográfica, y se centró en la observación participante de las acciones diarias en CooPA, tales como clases de oficios y otras asignaturas; reuniones de trabajadores estatales; conversaciones informales entre docentes y jóvenes o bien entre jóvenes; almuerzos en el comedor; y también en otras instancias fuera de CooPA, como paseos organizados a parques públicos y otros sitios; movilizaciones a sedes gubernamentales; cortes de calle; etc. También utilicé entrevistas semi estructuradas y entrevistas abiertas, en profundidad, para identificar nudos significativos y sentidos que las personas otorgan a ciertas acciones, lugares y acontecimientos. El trabajo de campo intensivo tuvo lugar entre marzo y diciembre

5.- La investigación fue posible gracias al apoyo de dos becas doctorales del CONICET, así como al financiamiento de proyectos colectivos del mismo Consejo (Resoluciones N° 3105/2008 y 3609/2011), y también de la Universidad de Buenos Aires (UBACyT 20020110200055, 2012-2014).

de 2010, y entre julio y diciembre de 2011; y desde aquel momento realicé entrevistas y visitas con menor intensidad. De manera complementaria, analicé fuentes secundarias tales como documentos de políticas estatales, textos elaborados por agrupaciones politicas que actúan en el barrio Bajo Flores, o bien por trabajadores de políticas de niñez y juventud, organizados en sindicatos, entre otras fuentes secundarias.

Desde aquel primer día de trabajo de campo, fui notando que el barrio, el edificio donde se llevan a cabo diariamente los talleres, y los modos de habitar y circular por ambos espacios, especialmente por parte de los y las jóvenes, son tema de discusiones, relatos, proyectos y preocupaciones que se reiteraron insistentemente en mis registros. Este trabajo constituye un intento por comprender/explicar tal recurrencia y la importancia de estos temas en la vida cotidiana de CooPA. Procuro, con ello, aportar elementos a la comprension más amplia de las politicas de formacion laboral y los procesos de vida de los jóvenes de sectores populares.

Las políticas de formación laboral para jóvenes y los aspectos espaciales

Durante las últimas décadas del siglo XX, las políticas de formación laboral cobraron centralidad en las vidas de jóvenes de sectores populares y en las relaciones que ellos y ellas entablaron con agencias estatales. El contexto en que esto sucedió estuvo marcado, por un lado, por el neoliberalismo y sus efectos en términos de incremento del desempleo y la precarización laboral, cuestiones que se evidenciaron en toda la población pero con especial fuerza entre quienes iniciaban sus trayectorias ocupacionales (Miranda, 2008; Epele, 2010; Otero, 2011; Manzano, 2013). Por otro lado, influyó que diversas agencias internacionales desde la década del ochenta habían promovido la creación de áreas de gobierno orientadas a la juventud e intervenciones estatales específicas sobre la población joven, favoreciendo un abordaje particular del desempleo juvenil, que se realizó fundamentalmente por medio de programas de formación para el trabajo y también a través de sudsidios y otros modos de promoción del "primer empleo".

Distintos estudios sociales contribuyeron a comprender estas políticas. En algunos de ellos, los aspectos espaciales fueron analizados considerando el "barrio" o el "territorio" donde las políticas tienen lugar, colocados en términos de limitaciones (para las personas y para las políticas) o bien de posibilidades (para la implementación y para la evaluación de los dispositivos).

Entre los trabajos que focalizaron en las limitaciones, algunos autores destacaron la centralidad que cobra el barrio como ámbito de socialización y de inscripcion identitaria, ante la debilidad o la distancia geográfica y social respecto de instituciones escolares y laborales. Luego, el barrio y los capitales sociales y culturales circulantes allí imponen condiciones "de desventaja" a los y las jóvenes que enfrentan los desafíos de la "transición a la vida adulta" (Mereñuk et al., 2009; Jacinto y Millenaar, 2009, 2012). Desde esta mirada, se consideró que en barrios "extremadamente pobres", motivos estructurales (como las dificultades de acceso a una escuela secundaria, entre otros) dificultan la posibilidad de proyectar la inserción de los jóvenes en empleos formales dando lugar en cambio a que las políticas allí radicadas promuevan, de hecho, su inserción en la economía social o en trabajos informales. Estos análisis dieron lugar a señalamientos sobre cómo algunas políticas reproducen la "exclusión," anclando a los jóvenes en sus contextos locales (Mereñuk et al., 2009).

Entre las posibilidades atribuidas al barrio, algunos estudios consideraron el "territorio" como ámbito privilegiado para la implementación de políticas públicas[6], destacando las posibilidades que habilita la escala barrial para redefinir criterios generales dado el conocimiento de las juventudes y su heterogeneidad que alcanzan los gobiernos distritales y otros actores locales (Mereñuk *et al*., 2009; Van Raap, 2010 ; Crescini y Bergami, 2012). El barrio es también para algunos analistas un espacio adecuado –nuevamente por motivos de escala– para la evaluación de impacto de las políticas de formación laboral, en tanto permite recortar sectores excluidos

6.- Estas miradas recuperan una mirada del "territorio" como geografía pero también como el lugar de lo cotidiano. Como señaló Arias, la construcción histórica del "territorio" en la Argentina lo colocó como un espacio alejado de lo político (del poder central), y como el ámbito propio de las políticas sociales que quedaron por fuera del sistema de seguridad social asociado al empleo (Arias, 2013).

en el marco de zonas de concentración de pobreza urbana (Tuñón y Salvia, 2010); así como seguir trayectorias de jóvenes que han pasado por dispositivos específicos (Jacinto y Millenaar, 2012).

En síntesis, los estudios sobre políticas de formación laboral para jóvenes consideraron la dimension espacial en términos del barrio, identificando los condicionamientos que la vida en barrios muy pobres impone a los sujetos y a las políticas, mientras que otros observaron las posibilidades de redefinir o bien de evaluar la implementación de políticas que permite la escala barrial.

Considerando estos aportes, en este artículo quisiera explorar la dimensión espacial de las políticas de formación laboral para jóvenes desde un enfoque de antropología política que ubique los barrios y lugares, aquellos donde las políticas transcurren, en términos históricos y procesuales, como espacios que son producidos continuamente mientras la vida y las políticas se producen en ellos. Pensar las políticas en y desde el espacio es importante porque el espacio es producción y reproducción de la vida social, y por lo tanto del Estado y las políticas. La propuesta se sostiene en las elaboraciones de Henri Lefebvre, Doreen Massey y Gastón Gordillo, quienes advirtieron la relevancia que cobra lo espacial en el capitalismo de fines de siglo XX y principios del XXI. En el enfoque del primero, el espacio es resultado de la acción política, contradictoria, y es un elemento central de la producción capitalista actual porque es parte de las fuerzas productivas por las cuales se reproducen las relaciones sociales de producción (Lefebvre, 1974). Massey, por su parte, sostiene que el espacio es producto de las relaciones y prácticas que están ocurriendo, y por ello es la dimensión de la pluralidad (de prácticas que se suceden simultáneamente), de lo social. En este sentido, las prácticas y relaciones sociales son siempre productoras de espacio (Velazquez y García Vargas, 2008). En cuanto al lugar, Massey le otorga un carácter más preciso, de menor escala o localía, entendiéndolo como un momento particular de encuentro, de relaciones sociales. Retomando estas propuestas, Gordillo sostiene que los espacios creados a través de prácticas, relaciones sociales y campos de poder, nunca están cerrados en sí mismos, y enfatiza que por ello los lugares no son contextos o moldes inertes donde sucede la vida, sino que deben ser vistos como procesos históricos (2006).

En este sentido, exploraremos la espacialidad de las prácticas de agentes estatales, militantes y jóvenes, también la producción de lugares para las políticas, procurando identificar las particularidades que imprimen a los procesos de producción de las políticas y de la vida de quienes las impulsan día a día.

En relación con estas miradas, recuperamos estudios antropológicos que entienden las políticas como procesos complejos tendientes a imponer normas, condiciones y regulaciones sobre la conducta de las personas procurando imponer hábitos y producir categorías sujetos. Estos procesos, no pueden comprenderse como la implementación de los trazos de un arquitecto sino como acciones a menudo disputadas (Shore, 2010). El enfoque de la antropología de las políticas será colocada en relación con una mirada del espacio como elemento de la producción y reproducción en la vida moderna, y la sociedad capitalista, para captar la relevancia que cobra ocupar, producir, generar, habitar espacios, para la producción de las políticas, del Estado y de la vida social. Procuraremos por medio de observaciones etnográficas y otros datos de campo mostrar que los espacios para las políticas no están dados sino que son producidos, y en ese proceso esos espacios van adquiriendo distintos sentidos.

Conseguir un *lugar* y un barrio para un *proyecto*

Una de las tareas iniciales a las que me aboqué en el trabajo de campo fue reconstruir la historicidad de CooPA. Sería difícil recuperar si ello se debió a preguntas que me había formulado previamente o a que el vigésimo aniversario había sido ocasión para que los trabajadores de los talleres revisaran la historia de esta política, colocándola como tema significativo en el campo en aquel momento. Lo cierto es que el tema fue central en la entrevista que le realicé a Pepe, coordinador de la institución, semanas después de iniciado el campo. Pepe tendría por entonces más de cincuenta años y llevaba veinte trabajando en CooPA como docente de mecánica au-

tomotriz, oficio que había aprendido en la escuela técnica y también en sus estudios universitarios de ingeniería. Me contó que el proyecto había surgido a fines de los años ochenta, cuando un grupo de militantes, quienes en su mayoría habían vivido en el exilio durante la última dictadura militar que padeció el pueblo argentino entre 1976 y 1983, elaboraron a su regreso un proyecto para *"atender la cuestión de los pibes de la calle, los que estaban en situación de mayor vulnerabilidad."*

Para aquel momento en que Pepe y otros tantos exiliados retornaron a la Argentina, en los años ochenta, no sólo había cambiado el gobierno ; por el contrario, las transformaciones económicas impulsadas por el gobierno dictatorial, aun cuando no habían logrado desplegar completamente lo que luego fue el programa neoliberal, sí habían iniciado un proceso que ya daba muestras de afectar negativamente las condiciones de vida de la población. El sector industrial había disminuido su producto en un 20% entre 1975 y 1982, y junto con eso descendieron el salario real y la participación de los trabajadores en el producto bruto interno. Así, en 1980 el 22,3% de los hogares argentinos se encontraba en situación de pobreza y comenzaba a evidenciarse que el empobrecimiento de la población afectaba de manera particular a la infancia. La continuidad e irreversibilidad de la situación de amplios sectores de la población fue sintetizada y encarnada en la figura del "niño en la calle", cuya presencia se expandía y se volvía visible (Carli, 2010)[7].

Con el objeto de viabilizar su "proyecto" (y también de insertarse ellos laboralmente), realizaron un acuerdo con funcionarios de la entonces Intendencia de la Ciudad de Buenos Aires, por el cual, obtuvieron contratos de trabajo, y un espacio en un edificio estatal, ubicado sobre la Costanera Norte del Río de la Plata, en una zona de comercios, instituciones y espacios verdes.

Cuando, en un primer momento, aquellas personas buscaron trabajar en los talleres con jóvenes que estuvieran habitando la calle, ello requería que el Estado les ofreciera a estos chicos dónde dormir, dónde (y qué) comer, dónde asearse, dónde protegerse de los malos tratos de la policía.

> "Nosotros le exigíamos a la Dirección (…) que lo primero que había que cumplir era que los pibes que salían de la calle tuvieran un lugar donde organizar su vida (…). Bueno, esto no lo cumplió el gobierno y los pibes venían directamente de las ranchadas de Once, o de las ranchadas de Constitución o de Retiro directamente a los talleres. Dormidos, golpeados por la policía, con un grado de adicción importante. Entonces era imposible desarrollar la capacitación (…)." (Entrevista a Pepe, 12/04/2010)

En esas condiciones, concluyeron que el trabajo con los pibes no sería fructífero y que en cambio era necesario un territorio por medio del cual ellos pudieran revincularse: un barrio.

"…en realidad el proyecto en ese sitio no era viable desarrollarlo. Porque vos imaginate, al lado de Aeroparque. No había ningún barrio de referencia. Era un lugar muy lindo pero totalmente aislado. Entonces no había forma de que los pibes pudieran hacer ningún proceso de integrarse a una comunidad de referencia ni nada por el estilo." (Entrevista a Pepe, 12/04/2010)

Así, algunos integrantes de aquel *primer proyecto* reformularon la propuesta de los talleres de oficios para trabajar, ya no con *pibes de la calle* sino con jóvenes de alguna villa de la ciudad de Buenos Aires. Y lo hicieron poniendo en relación el trabajo como eje articulador (del proyecto pero también de la vida de jóvenes y militantes) con el barrio entendido como *comunidad.*

> "El eje para nosotros era el trabajo a través de la enseñanza de un oficio, la recreación, el apoyo a los pibes en todo lo que era el tema de la educación formal para que la empezaran o

7.- La cuestión de los "chicos de la calle" comenzó a ser problematizada en la Argentina en la década del ochenta como resultado del incremento de niños y niñas que transitaban y permanecían en las calles de la ciudad, pero también como efecto de la reconceptualización de temáticas históricas en relación con la infancia pobre que, anteriormente, habían sido tratadas como "menores abandonados" o "menores delincuentes" (Gentile, 2012).

> la pudieran terminar o retomar, y después el grupo de trabajadores sociales, psicólogos que trabajaban más el tema de la revinculación de los pibes con su grupo de pertenencia ya sea familiar, barrial. Para que la vuelta de ellos no fuera a través de un hogar o un instituto sino a través de reinsertarse en una comunidad." (Entrevista a Pepe, 12/04/2010)

A fines de los ochenta, mientras estas personas buscaban cómo pero también dónde reformular y llevar adelante su *proyecto*, las villas de la ciudad de Buenos Aires habían vuelto a cobrar relevancia por dos razones: por un lado, en la década anterior su población había aumentado luego del retraimiento forzado por la represión militar sufrida por sus habitantes durante la última dictadura. La política de erradicación masiva de villas de la dictadura militar había incluido demolición de viviendas, traslados forzados y persecución política de quienes procuraron resistir los desalojos (incluyendo numerosos asesinatos). Durante la década siguiente, la población volvió a crecer progresivamente, en parte impulsada por la pauperización, a la cual fueron empujadas numerosas personas por efecto de las políticas neoliberales[8]. A su vez, el incremento de la pobreza y de la desigualdad fueron acompañados por una focalización de las intervenciones estatales en materia de política social. Y ante las dificultades de medición e identificación de "la pobreza", colocada como objeto de intervención estatal, una de las estrategias fue localizarla y definir "zonas" pobres (Vommaro, 2011).

En ese contexto, Pepe y sus compañeros encontraron en las villas un contexto propicio para insertarse laboralmente y recuperar un espacio de militancia, continuando una experiencia que algunos de ellos, como tantos otros militantes peronistas de sectores medios, habían tenido en los años setenta, privilegiando aquellos barrios precarios como espacios de trabajo político (Ziccardi, 1984). Es decir, que junto con los pobladores volvieron a las villas los militantes y las políticas.

Para Pepe y sus *compañeros*, conseguir un *lugar* implicó una serie de acciones tales como armar y reformular una propuesta, construir alianzas y acuerdos con funcionarios gubernamentales que debían dar su *apoyo* (que se expresaba en permisos, contratos, materiales de trabajo); y también tejer alianzas con actores de las zonas posibles para trabajar. Y especialmente conseguir un espacio físico disponible para realizar allí los talleres de oficios y que estuviera situado en un *barrio*. Así fue que recorrieron distintas villas de la ciudad, hasta que encontraron en 1989 la conjunción de una buena recepción de vecinos, el acuerdo de los funcionarios de gobierno y también un edificio, el mismo que hoy ocupan en el Bajo Flores.

Reconstruir los inicios de esta política y la relevancia que cobró para ello la búsqueda de un lugar, permite relacionar contextos históricos y políticos en los cuales cobran sentido las políticas. En este caso, el barrio se constituyó en espacio de posibilidades, y de reconfiguración de idearios, especialmente para aquellos militantes devenidos trabajadores estatales que encontraron en CooPA y en el Bajo Flores un lugar para reinsertarse y revincularse ellos mismos, luego de sus exilios.

Por otra parte, el barrio –cargado de historias y vínculos sociales– también contrastó con lo que a estas mismas personas les sucedió al trabajar con jóvenes que vivían "en la calle", sin una "comunidad de referencia". Sobre este punto, el barrio fue la condición de posibilidad de hacer un trabajo con los *pibes*, algo que colocaron en términos de objetivo, meta (la comunidad barrial como lugar para insertarse), pero que emergió como espacio de encuentro con adolescentes que tenían, en alguna medida, dónde dormir, dónde asearse, dónde refugiarse. Y que sólo en el marco de esas condiciones espaciales que son también condiciones sociales de producción y reproducción (como sostiene Lefebvre, 1974) podían sostener una presencia en los talleres de oficios en términos que Pepe consideraba satisfactorios.

La búsqueda de un barrio, un espacio habitado, fue entonces la condicion de posibilidad para la acción política, el trabajo y la educación en los talleres de este conjunto de personas (los trabajadores estatales, y tam-

8.- Según datos publicados por Cravino (2006) en las villas del Bajo Flores vivían unas 36 500 personas al comienzo de la dictadura, alrededor de 3100 a fines del período de gobierno militar y más de 22 000 habitantes para el año 2001.

bién los jóvenes).

En el próximo apartado, veremos que el espacio no sólo es condición sino que es también producto de las acciones políticas y las relaciones sociales que se traman en esos procesos.

Construir lugares, crear vínculos, generar oportunidades laborales

Si en un primer momento fue central la búsqueda de un *lugar* para este *proyecto*, luego de su llegada al Bajo Flores, Pepe y sus compañeros fueron construyendo el espacio para los talleres.

La historia de cómo fueron construyendo y ampliando el espacio ocupado en el barrio me la contó Jorge, quien nació en la Villa del Bajo Flores en 1976, hijo de migrantes bolivianos[9]. Cuando él tenía un año, su padre compró una casa en el Barrio Rivadavia, y allí se mudaron. Por entonces era el único hijo de la pareja y tenía un hermano mayor por parte de su padre. En una entrevista realizada en 2010, Jorge me contó que cuando vivían en la villa no tenían agua en la casa y debían caminar varias cuadras para ir a buscarla. Ya en el barrio Rivadavia junto al cura del barrio fueron luchando para acceder a la red cloacal, a la luz, al agua.

En el año 1990, cuando CooPA daba sus primeros pasos, Jorge tenía 13 o 14 años y había dejado sin concluir primer año en una escuela técnica cerca del barrio. Sus padres se enojaron porque querían que él estudiara para que pudiera acceder a empleos mejor valorados que los hombres de su familia, quienes trabajan como obreros de la construcción. Un amigo le comentó sobre los talleres de oficios y Jorge se acercó. En un año o dos *"egresó"* como *"Instalador Eléctrico"*.

En 1993 dejó de ir a CooPA porque había conseguido un empleo como instalador de alarmas para una empresa. Pero dos años más tarde estaba nuevamente sin trabajo y un día Pepe lo fue a buscar a su casa para que junto con otros *jóvenes hijos de obreros de la construcción se inscribieran en un nuevo curso y de paso construyeran aulas.*

En aquel momento CooPA no tenía baño propio ni tampoco instalación de agua. En cambio, había una puerta que comunicaba con un centro deportivo lindero que era y continua siendo parte del Centro de Familias[10] (aunque hoy la comunicación entre ambos edificios está cerrada). En el relato de Jorge, el hecho de no contar con instalaciones propias hacía a una forma de dependencia de sus vecinos y en su recuerdo *"…siempre fue un conflicto, por un poquito de agua te hacían una flor de historia"*. Jorge aceptó la propuesta, convocó amigos y parientes jóvenes y así armaron un grupo de unos 10 o 15 chicos, quienes fueron levantando paredes para edificar tres aulas.

El otro tema central, en el relato de Jorge sobre la construcción de aulas, se relaciona con los recursos para materiales y mano de obra así como con las instituciones, alianzas, dinámicas y aprendizajes que implicó para él y sus compañeros conseguir esos fondos:

> "…había un curso, estaba el profesor, pero no estaba la plata para empezar a construir. Pero sí había una propuesta de presentar un proyecto y buscar financiamiento de una ONG que estaba con Desarrollo Social... Bueno, nosotros presentamos el proyecto… Y con esa plata pudimos construir parte de las tres aulas (…) Mecánica, Herrería y Construcciones, en la planta baja. Y ahí la Dirección veía que nosotros avanzábamos y bueno, ellos también aportaron algunos materiales para no quedarse atrás." (Entrevista a Jorge, 09/09/2010)."

9.- La inmigración boliviana en las villas del sur de la ciudad de Buenos Aires se incrementó desde mediados del siglo pasado, atraídos por posibilidades laborales tales como el cultivo de verduras y hortalizas en el conurbano bonaerense (Grimson, 2011) y por las posibilidades de empleo en el sector de la construcción (Prignano, 2009).

10.- Se trata de una institución estatal en la cual se atienden, por medio de distintas politicas sociales, una diversidad amplia de temas. El nombre, como se señaló, es ficticio.

De esa manera, Jorge comenzó a trabajar en CooPA. Primero en la construcción de nuevas aulas pero más tarde ingresó como docente de Electricidad. A su vez, esa experiencia lo puso en contacto con otras instituciones de enseñanza de oficios, y con el tiempo fue accediendo a otros trabajos que hoy sostiene junto al que realiza en el Bajo Flores, por ejemplo un taller de Electricidad en un Centro de Formación Profesional en Barracas, otro en el marco de una organización gremial de trabajadores estatales, o la coordinación de espacios de recreación y deportes para adolescentes en clubes del barrio Rivadavia y de otro barrio cercano.

En la vida de Jorge, la construcción de nuevas aulas fue una oportunidad para revincularse con los talleres e ingresar en un circuito de trabajo con jóvenes, algo que de acuerdo a su relato constituía parte de las expectativas de su padre.

De manera similar, la entrevista con Pepe ilumina la importancia de la construcción de espacios en la producción social de CooPA como proyecto.

> "Surgió la idea de seguir ampliando el lugar (…) armar que las mamás cocinaran. Y les dijimos a un grupo de mamás que nos hicieran un presupuesto de cuánto costaría cocinar para los 50, 60, 70 chicos que venían, todos los días, mensualmente. Hicieron el presupuesto, hicieron el menú y salió que eran $25 000 menos de lo que pagaba el Gobierno en ese momento.
> En ese momento tuvimos buena recepción (…) adentro del Gobierno de la Ciudad y demás. (…) Y quedaron como contratadas.
> Y a la par nos dice que hay 80 proyectos de un proyecto que se llamaba Nuestras Familias, que le daba $800 a una familia por única vez. (…) Bueno, entonces se habló con la gente que recibía los $800, decidieron poner $200 para la compra de materiales y el pago de alguna mano de obra y bueno se armó lo del comedor. (…).
> P: ¿y ese trabajo lo hicieron los chicos?
> A: lo hicieron los chicos con vecinos del barrio." (Entrevista a Pepe, 12/04/2010).

Como relata Pepe, la construcción de espacios permitió generar oportunidades de trabajo remunerado tanto transitorias (en la obra) como más duraderas (en el comedor), al tiempo que mejorar las condiciones de las actividades diarias en tanto que el almuerzo ya era parte de la rutina solo que en forma de viandas frías, que según Pepe eran de mala calidad, algo que pudo mejorarse en cuanto las mamás de algunos chicos pasaron a administrar la cocina.

A su vez, esas obras permitieron reconocer y darle un lugar a tareas que se venían realizando, como el apoyo al aprendizaje de lectoescritura.

> "Y después seguimos. Veníamos con la idea de que hacía falta más espacio, le hacía falta al taller de Lectoescritura, que no había. Y decidimos construir las aulas de arriba (…). Bueno, después resultó ser que el taller de Herrería también quedaba chico porque estaban todos los chicos amontonados. (…) Y ahora el próximo proyecto que tenemos es agrandar los baños." (Entrevista a Pepe, 12/04/2010).

Si para Jorge la construcción de nuevas aulas marcó un punto de inflexión en su vida en cuanto a las posibilidades laborales, en la historia de CooPA la construcción de espacios para el proyecto aparece de manera casi permanente. Con el tiempo comprendí que además del orgullo por el esfuerzo realizado y por el logro de haber ido edificando ese lugar, lo que transmitían esos relatos era cómo construir espacios había permitido hacer un sinnúmero de actividades, involucrar en ellas a distintas personas, y por ello a su vez recobrar, construir y reforzar vínculos con viejos alumnos, familiares y habitantes del barrio. En algunos casos, estos vínculos se establecieron por medio de contratos de empleo como fue el caso de Jorge y las "mamás del comedor", o bien

en el marco de cooperativas de trabajo conformadas por alumnos, ex alumnos y docentes de los talleres. Esos procesos entonces involucraron negociaciones con funcionarios estatales para generar las condiciones salariales y contractuales para sostener esas posibilidades, o bien la búsqueda de modos alternativos de financiamiento que apelaban no obstante al espacio producido, como cuando algunos ex alumnos nucleados en una cooperativa utilizaban el aula del taller de Herrería para fabricar rejas por encargo.

Así, nuevamente, el espacio fue condicion de la producción y la reproducción, y también fue resultado de acciones productivas.

Gracias a los nuevos espacios fue posible ampliar las actividades diarias (abrir nuevos talleres como el de Construcciones, incorporar tareas como preparar alimentos, o generar un espacio de aprendizaje de Lectoescritura que complementa el aprendizaje de oficios). Construir espacios permitió también reformular la relación cotidiana con el Centro de Familias por lo cual ya no fue necesario pedir permiso para utilizar el baño o el agua corriente.

La construcción de espacios fue asimismo un modo de obtener dinero en tanto para las distintas etapas de obra se gestionaron subsidios y otras modalidades de financiamiento que permitieron abonar la compra de materiales; el trabajo realizado en la construcción por personas del barrio, alumnos, familiares o ex alumnos de los talleres. Y también estas obras fueron oportunidades para aprender a trabajar en la construcción, y a elaborar y presentar proyectos orientados a solicitar financiamiento de políticas estatales o de organizaciones sociales como la ONG que financió la construcción de aulas[11].

En este sentido, se advierte algo que señalaron Lefevbre y Gordillo: que la producción y reproducción de espacios es una actividad política, o para ser más precisa, que toda lucha política implica la disputa por la ocupación y el control de lugares (Gordillo, 2006). En relación con esto, la posibilidad de sostener las acciones diarias en las nuevas aulas y el comedor supuso disputar recursos al Estado para salarios y materiales, modificar las relaciones con una institución vecina; sumar fuerzas en el barrio en términos de personas involucradas en la actividad diaria en CooPA; construir alianzas con una ONG; reconocer y legitimar el trabajo en el taller de Lectoescritura otorgándole un espacio propio, entre otras modalidades de alianzas y disputas.

Por medio de estas acciones, cooperativas y disputadas a la vez, las políticas van siendo creadas y recreadas de la mano de la producción de lugares, en la cual está imbricada la reproducción de la vida material de estas personas. Así el lugar, expresión de confluencias momentáneas (como señala Massey en Velázquez y García Vargas, 2008), es también producto de esos confluencias, en las cuales se producen no sólo espacios sino también sociabilidad y políticas, es decir, regulaciones, y resistencias.

Jóvenes y espacios: ocio, (re)producción y políticas de la (auto)regulación

En este apartado, me interesa detenerme en la manera en que los y las jóvenes del Bajo Flores y, en especial, los de CooPA habitan espacios.

Cada mañana, al llegar al barrio Rivadavia, solía encontrarme con jóvenes en las calles. Algunos estaban en la esquina donde me dejaba el colectivo, generalmente en grupos de hombres jóvenes y adultos, según me comentó Guillermo, esperando alguna oportunidad de trabajo eventual especialmente en rubros de la producción textil o de la construcción. Otros deambulaban pidiendo monedas con aspecto deteriorado, o dormían en el suelo,

11.- Desde la década del ochenta avanzó un proceso de descentralización de la gestión de recursos y políticas estatales que, de la mano de discursos y políticas que promovieron la 'participación social', la 'autogestión', las 'cooperativas' y el 'desarrollo de la sociedad civil' contribuyen a comprender cómo la construcción de espacios para las políticas estatales y el salario de quienes trabajan allí fueron financiados de los modos más diversos. En este sentido, Vallone (2011) advirtió que la presencia de ONGs fue contemporánea en Argentina de la creciente importancia otorgada al "territorio" como ámbito de implementación de las políticas sociales.

posiblemente con efectos del consumo intensivo de drogas (entre otros elementos que confluyen en la precariedad de esas situaciones), otros estaban reunidos en grupos sentados en algún umbral y algunos de ellos alguna vez participaron en el hurto de una billetera a alguien que pasaba caminando.

Ya en la puerta de CooPA, alumnos de los talleres, generalmente varones, pasaban tiempo entre ellos y más de una vez también con ex alumnos pocos años mayores, que venían de visita. La puerta era el lugar para la conversación, la burla, el intercambio de objetos de consumo tales como dispositivos para escuchar música, cigarrillos o ropa deportiva que exhibían, comentaban y compartían. Ocasionalmente, estas conversaciones daban lugar a llamados de atención de los docentes de los talleres, quienes les reclamaban que entraran a las aulas. Por otra parte, en conversaciones informales, escuché a los jóvenes hablar de encuentros casuales o concertados en distintos lugares, generalmente en las calles del barrio, los cuales daban lugar a momentos de esparcimiento compartido.

Los modos de habitar el espacio de estos jóvenes están atravesados a su vez por la socialización con sus pares y también por una serie de prácticas económicas que, como fue señalado por investigaciones tanto en Argentina como en otros países, se orientan a garantizar tanto el sustento como la "dignidad" o el "respeto" asociados a posibilidades de consumo. Me refiero a trabajos de autores que, desde un enfoque de economía política de la vida cotidiana de poblaciones subalternas y segregadas, destacaron la circulación de jóvenes de barrios populares por actividades legales e ilegales, casi siempre informales y de corta duración, como modos de generar ingresos (Bourgois, 2010; Epele, 2010). A la luz de esos aportes, los modos cotidianos de obtener dinero por medio de un trabajo eventual, pero también pidiendo monedas o hurtando una billetera, pueden pensarse como estrategias económicas desplegadas fundamentalmente en las calles del barrio.

Esas estrategias están en disputa permanente: con algunos padres y especialmente madres que intentan mantener a los y las jóvenes alejados de las calles y estudiando; con trabajadores de los talleres que insisten en proponerles actividades productivas en el mercado legal y también en cuestionar los circuitos ilegales; con autoridades de fuerzas de seguridad que los controlan y maltratan; con empleadores que procuran imponer condiciones laborales duras, vividas como injustas; y también con otros jóvenes con quienes confrontan por la ocupación de espacios barriales.

En relación con esto, la preeminencia de las calles del Bajo Flores, como espacio cotidiano en la vida de los jóvenes, da lugar a intensas preocupaciones de los adultos de CooPA (y también de algunas madres y padres, como la mujer que guió mi primera visita a este lugar). Dicha preocupación, que abreva en una construcción social extendida y estigmatizante de las calles de los barrios populares, como espacio de "riesgo" para los jóvenes, se nutre también de una historia de trabajo con chicos que han circulado por actividades legales e ilegales, y que han padecido duramente algunos de esos "riesgos" de la calle. Como me dijo Pepe, con toda crudeza alguna vez: *"…nosotros acá llevamos 20 años y tenemos más de 10 chicos muertos..."*.

La preocupación por los jóvenes alumnos, que se nutre de esta historia y también del profundo compromiso y afecto que muestran los trabajadores de los talleres por ellos y ellas, da lugar a una serie de acciones tendientes a controlar su circulación, a inscribirlos en espacios cerrados, alejados de la calle, y también a fomentar su autorregulación por medio de la insistencia con el cumplimiento de horarios, el respeto al tiempo de clase como tiempo de estar en el aula trabajando, la generación de iniciativas productivas que puedan involucrar algún ingreso monetario, las múltiples charlas y discusiones sobre los modos de vida de estos jóvenes atendiendo al cuidado de la salud, a los modos de hablar y vestirse en el trabajo, entre otras formas que sugieren control y también cuidado.

Las etnografías de Bourgois (2010) y Epele (2010) con jóvenes vendedores y usuarios de drogas, en New York, y en el conurbano bonaerense respectivamente, mostraron cómo estas personas dan formas particulares a

los procesos de dominación a los que son sometidos. Estas propuestas suponen reconocer en alguna medida su agencia, sin desatender las condiciones de sometimiento en que actúan[12] y que en ocasiones derivan en opciones que resultan (activamente) destructivas, como el consumo intensivo y prolongado de drogas dañinas o la participación en circuitos ilegales que pueden derivar, en un extremo, hasta en la propia muerte.

De manera análoga, sostengo que las disputas y estrategias que despliegan los y las jóvenes hacen a la producción social tanto de los espacios como de las políticas dirigidas a ellos, en tanto que sus vidas dan forma a las preocupaciones, posibilidades de acción, conflictos y negociaciones que enfrentan los trabajadores estatales[13]. Como cuando una clase demora en arrancar porque los *pibes* están en la puerta exhibiéndose mutuamente sus nuevas adquisiciones materiales, y tal vez relatando la hazaña de cómo las obtuvieron. O cuando un taller de oficios deriva en un espacio de diálogo con alumnas mujeres a quienes se las invita a verbalizar aspectos de sus vínculos afectivos, nuevamente combinando cuidado y control.

Al mismo tiempo, la asociación entre la calle y los circuitos de "riesgo" o bien la participación en actividades ilegales, tiene su correlato, tanto en la insistencia en que los alumnos de CooPA estén adentro del aula como en los modos en que los y las trabajadores de las políticas de juventud colaboran para que estos jóvenes no permanezcan en la calle. Es lo que sucedió con Soledad, una chica de unos 22 años que conocí a fines de 2010. En diciembre de aquel año se acercó a CooPA a vender *bijouterie* que ella misma había fabricado. Un tiempo después, llegando al final del año siguiente, la encontré desayunando una mañana en el aula del taller de Herrería que ese día no tenía actividad. Parecía debilitada, deteriorada.

Esa tarde, una de las trabajadoras sociales de CooPA, me comentó que a Soledad la habían echado de donde estaba viviendo y que Pepe la estaba dejando pasar allí el día hasta que consiguiera un nuevo lugar para vivir. Pepe y Sole se conocían desde, al menos, 10 años atrás, cuando ella participó como alumna de algunos talleres, y unos años después empezó a tener "problemas de consumo". Al tiempo se fue de su casa, luego de algunas peleas familiares. Desde ese momento compartió vivienda con distintas trabajadoras de CooPA y de otros programas estatales del Bajo Flores, también con la madre de una joven que asistía a CooPA y otro tiempo con otra chica, que también asistía. Para el momento en que la vi desayunando en el aula de Herrería, pasaba las noches en la casa de una amiga pero durante el día acudía en ayuda de Pepe y se alimentaba en el comedor.

Así, la política de CooPA, que comenzó como una serie de talleres de oficios, fue incorporando con los años talleres de lectoescritura para colaborar con la continuación de los estudios secundarios; talleres de "Orientación productiva" para familiarizar a los y las jóvenes con modos de buscar trabajo (leer los clasificados, armar un curriculum vitae), o bien con formas de protección de sus derechos laborales, o de organización de cooperativas de trabajo; también se organizó un encuentro semanal de reflexión para mujeres madres, visitas periódicas de profesionales de los centros de salud de la zona, entre otras acciones que se fueron sumando al proyecto inicial de CooPA. Junto a estas acciones, más o menos instituidas, se sumaron otras, como ayudar a Sole (y también a otros jóvenes de quienes no he hablado aquí) a buscar donde vivir.

En términos de la propuesta de Shore para pensar en perspectiva antropológica las políticas, en el marco de un proceso complejo, con más actos que arquitectos, y atravesado por disputas por los modos de vivir, producir, y ocupar espacios, la política de CooPA se fue configurando en torno al tema del trabajo de los jóvenes, procurando imponer condiciones, normas y regulaciones orientadas a fortalecer los circuitos productivos legales (o al menos no delictivos); por medio de una cierta organización del tiempo concentrado en espacios cerrados y de alguna manera vigilados por adultos (especialmente CooPA, pero también posibles trabajos, la escuela, la vivienda de alguna persona allegada).

12.- Esta mirada no asume un sentido de elección racional en esa agencia, o al menos no necesariamente, pero sí afirma que en alguna medida las acciones de los y las jóvenes del Bajo Flores están modelando la forma que adquieren sus vidas en el marco de procesos de dominación.
13.-Así, como señaló Shore (2010), una idea de sujeto que es elaborada en el proceso de las políticas (y, agregamos, en relación con experiencias y prácticas espacializadas) fundamenta una serie de acciones, lo que no implica una definición explícita y racional.

La búsqueda de alejar a los chicos y chicas de CooPA de las calles confronta también con condiciones habitacionales adversas y particularmente alejadas de los anhelos que ellos y ellas expresan. Como fue señalado por otras investigaciones, la juventud es una etapa de la vida en la que la socialización se da sobre todo en lugares públicos (Chaves, 2010), especialmente cuando las viviendas son pequeñas en relación con la cantidad de habitantes o no cuentan con espacios propios, separados de los adultos[14]. Esa es la situación en buena parte de las viviendas de los chicos y chicas de CooPA, quienes constantemente refieren a la cuestión habitacional: parejas jóvenes que ocupan un espacio en la casa de sus padres para ir trabajosamente ampliándolo y separándolo de algún modo de los espacios familiares; mujeres jóvenes que afirman sostener una relación de pareja por "no tener a dónde ir" o bien no tener medios para solventar un alquiler. También chicas de 15 años de edad que se mudan a casa de la familia de su novio, o muchachos de 19 que sueñan con "irse a vivir solos".

Si los trabajadores de CooPA (y también de otras políticas a las que no nos hemos referido) procuran alejar a los y las jóvenes de las calles, ellos ocupan esos espacios así como también ocupan otros (una habitación en la casa familiar, el patio o la puerta de CooPA, los talleres, la esquina donde circulan contratistas). Y en sus usos sugieren más una búsqueda productiva y reproductiva de su propia vida que no siempre prioriza esa distinción entre circuitos más o menos legales, más o menos legitimados.

Considerando el conjunto de estos elementos, y la propuesta de Lefebvre y Massey de pensar el espacio como resultado de acciones políticas, de prácticas y relaciones que están ocurriendo, el Bajo Flores emerge en múltiples sentidos. Por un lado, evidencia en parte las limitaciones identificadas por Jacinto y Millenaar para las políticas y las posibilidades de vida de los jóvenes, también muestra algunos "riesgos" identificados por habitantes del barrio y trabajadores de CooPA a los que ellos están expuestos. Pero muestra asimismo la centralidad que la inscripción en esa trama de relaciones y espacios de sociabilidad adquiere para un conjunto de personas que allí encuentran oportunidades de generar ingresos y acceder al consumo, de encontrar un lugar para vivir, entre otras. Y las maneras en que los usos del espacio que los y las jóvenes ejercen incide tanto en sus posibilidades de vida como en la forma que cobran las políticas de juventud.

Conclusiones

En estas páginas exploramos posibles contribuciones a los estudios sobre políticas de formación laboral para jóvenes de sectores populares desde una reflexión que atiende al espacio en que suceden. Partiendo de miradas que habían pensado el tema en términos de los condicionamientos estructurales que vivir en *barrios pobres* impone a las posibilidades de trabajo con y para los jóvenes; y de otras que pensaron los barrios como ámbitos privilegiados para evaluar el impacto de los dispositivos, desplazamos la mirada hacia algunos aspectos de cómo esos espacios son producidos y habitados.

Pensar las políticas en y desde el espacio es fundamental por dos razones: por un lado, porque el espacio en la ciudad actual es producción y reproducción de la vida social, y por lo tanto del Estado y las políticas. Por otro, porque el espacio urbano es constitutivo de la juventud tal como se configuró desde la modernidad: como un tiempo de progresiva autonomía, de transición a la adultez, de preparación para el trabajo, de posible construcción de las propias relaciones familiares (como la pareja y los hijos) y de sus espacios.

14.- Si bien no hay información cuantitativa precisa, algunos datos permiten estimar el déficit habitacional relativo en el Bajo Flores con relación a otros barrios de la ciudad. En primer lugar, en la comuna 7 viven unas 3 personas promedio por vivienda, superando el 2,6 que arrojan los datos totales de la ciudad. Si el número no es en sí mismo indicador de hacinamiento, se debe considerar que la cantidad de viviendas de un ambiente en el Bajo Flores es muy significativa, especialmente considerando las subdivisiones que algunos hijos (como Jorge, por ejemplo) han realizado en la casa de sus padres. Y también el incremento notorio de piezas de alquiler que tiene lugar desde hace unos años. A su vez, mientras que en comunas de mayor poder adquisitivo como la N° 2 sólo el 1,1% de las viviendas son precarias, el número asciende al 5,2% para la Comuna 7. (Elaboracion propia en base a datos del INDEC provenientes del Censo Nacional de Población, 2010. El termino "precarias" en este caso agrupa las viviendas clasificadas como Ranchos, Casillas, Piezas en inquilinato o en hotel pensión, Locales no construidos para habitación y Viviendas Móviles).

Luego, enfocar cómo esos espacios son producidos y habitados permite advertir que las políticas se realizan, al menos en este caso, buscando lugares; produciendo, ampliando y reformando espacios. Al mismo tiempo, esa producción de espacios resulta central para la reproducción de la vida de jóvenes y adultos que encuentran en esos procesos oportunidades de trabajo remunerado, de aprendizajes y de creación y fortalecimiento de vínculos sociales. Y esa reproducción es material y también simbólica, porque el espacio supone poder hacer (un taller, un comedor, una charla); y también supone que la tarea es reconocida, visibilizada y con ella quienes la llevan a cabo, como cuando Cecilia consiguió un aula para Lectoescritura.

Los distintos modos en que estas personas viven el espacio muestran a su vez que este no puede tomarse como un espacio dado y homogéneo. Si bien el barrio imprime características a las vidas y posibilidades de acción de sus habitantes, esto sucede de modos diversos, actuando en simultáneo con otros procesos, y el barrio no es tampoco el modelo en base al cual se adecúa el diseño de políticas. Contrariamente, el barrio que abre para unos posibilidades de trabajo y militancia, es para otros espacio de vida y, para todas estas personas, es ámbito de reproducción. Así, las políticas se realizan simultáneamente en un mismo proceso en lugares que son y no son los mismos, en relación con los sentidos que cobran.

El espacio habitado (u ocupado) funciona como simbolización del espacio social, expresando jerarquías y distancias sociales de modos naturalizados (Bourdieu, 2002). Aun con notables diferencias, la literatura es coincidente en reconocer la traducción de la desigualdad social en formas de diferenciación y jerarquización espacial, que a su vez producen efectos sobre las personas y sus relaciones (Bourdieu, 2002). Este artículo no discute, entonces, los "condicionamientos estructurales" que impone el vivir en barrios pobres, pero sí procura mostrar que la manera en que desigualdad social y espacialidad se imbrican en la producción de políticas y posibilidades de formación e inserción laboral para jóvenes desbordan ampliamente, tanto tales efectos como la clasificación de la ciudad en barrios en tanto ámbitos privilegiados para evaluar el impacto de los dispositivos.

Finalmente, respecto de la propuesta de Shore de una antropología de las políticas en la cual nos apoyamos, cabe señalar que esta fue elaborada en un contexto, el de la década del noventa, en el cual la discusión sobre políticas públicas se estableció en relación con modelos de intervención que se postulaban como técnica o científicamente fundados, como garantía de neutralidad política. Y discutiendo con ese postulado difundido por organismos transnacionales de financiamiento y gobierno se cuestionó la neutralidad, pero no tanto la globalidad. En ese sentido, nuestro campo muestra que ni las políticas ni los sujetos pueden comprenderse por fuera de los lugares específicos que habitan. Algo que les pasó a Pepe y sus compañeros en el marco del *proyecto* que dio origen a CooPA: cuando se propusieron trabajar con chicos que vivían en la calle, al pensar a esos sujetos desterritorializados no lo lograron. En cambio, fue necesario instalarse en un *barrio* donde una densidad de lazos sociales contribuyera al trabajo en los talleres.

Como de alguna manera advirtió Lefebvre (para contextos muy diferentes), en todo este proceso la producción de espacios y de políticas está atravesada y entrelazada con la reproducción de la vida material de los jóvenes, militantes y trabajadores estatales. Esto queda en evidencia en las energías desplegadas para generar oportunidades de trabajo para todos ellos, pero también en los múltiples esfuerzos colocados en resolver la cuestión habitacional de los jóvenes que en esas condiciones (con o sin un lugar para vivir, en el marco de convivencias no siempre elegidas) se relacionan con las políticas y con las posibilidades de trabajo.

De esta manera, no se trata sólo (como señaló la antropología de las políticas) de ver cómo las políticas producen sujetos por medio de la regulación, sino que en el proceso de producción de las políticas y de los espacios, los sujetos producen la posibilidad de reproducirse.

Bibliografía

Arias, A. (2013). Lo territorial en el territorio de la Argentina. Connotaciones históricas, políticas y culturales de lo social de los territorios. *Revista Margen*, 71. Buenos Aires.

Bourdieu, 2002. "Efecto de lugar". En: *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bourgois, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem.* Buenos Aires: Siglo XXI.

Carli, S. (2010). Notas para pensar la infancia en la Argentina (1983-2001): figuras de la historia reciente.*Educação em Revista*, 26(1), 351-382. Belo Horizonte.

Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana.* Buenos Aires: Espacio Editorial.

Cravino, M.C. (2006). *Las villas de la ciudad.* Los Polvorines: UNGS (capítulo 3).
Crescini, V. y M. Bergami, (2012). "La microimplementación de políticas de juventudes o de los juegos de la mamushka: una aproximación al caso de la provincia de Santa Fe". En: *Estudios sobre juventudes en Argentina II. Líneas prioritarias de investigación en el área jóvenes/juventud. La importancia del conocimiento situado*. Salta: ReIJA y UNSa.

Epele, M. (2010). *Sujetar por la herida. Una etnografía sobre drogas, pobreza y salud.* Buenos Aires: Paidós.

Gentile, M. F. (2012). Experiencia e interaccion cotidiana en un centro de día para niños y adolescentes en situación de calle. En: Battistini, O. y Mauger, G. (Comps.) *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*. Buenos Aires: Prometeo.

Gordillo, G. (2006). *El gran chaco. Antropología e historias.* Bs. As.: Prometeo.

Grimberg, M. (2009). Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires. *Revista de Sociologia e Política* V. 17, Nº (32), 83-94. Curitiba: Universidade Federal do Paraná.

Grimson, (2011). *Relatos de la diferencia y la igualdad. Los bolivianos en Buenos Aires.* Bs. As.: Eudeba.

Jacinto, C. y V. Millenaar (2009). Enfoques de programas para la inclusión laboral de los jóvenes pobres: lo institucional como soporte subjetivo. *Última Década* 30, 67-92. Valparaíso: CIDPA.

- (2012). Los nuevos saberes para la inserción laboral. Formación para el trabajo con jóvenes vulnerables en Argentina *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, VOL. 17, (¿N1 ?) 52, 141-166. México: CMIE.

Lefebvre, H. (1974). La producción del espacio. *Revista de Sociologia*, Núm.: 3, 219-229.

Manzano, V. (2013). *La política en movimiento. Movilizaciones colectivas y políticas estatales en la vida cotidiana del Gran Buenos Aires*. Rosario: Prohistoria ediciones.

Mereñuk, A., Dursi, C., Millenaar, V. y Gónzalez, V. (2009). Las políticas de inserción laboral dirigidas a la población joven: algunas problematizaciones recientes.*Revista Observatorio Nacional de la Juventud*, 6, 21. Santiago de Chile: Instituto Nacional de la Juventud.

Miranda, A. (2008). La inserción laboral de los jóvenes en Argentina. En: Bendit,R.; Hann, M. y A. Miranda (comps.) *Los jóvenes y el futuro. Procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*. Bs. As.: Prometeo.

Otero, A. (2011). "Tramos y trayectorias juveniles. Un análisis sobre perspectivas, acciones y aspiraciones en torno al trabajo entre jóvenes argentinos hoy". *Actas electrónicas* del 10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. Buenos Aires: ASET.

Prignano, A. (2009). *El Bajo Flores. Un barrio de Buenos Aires. Bs. As.*: Junta de Estudios Históricos de San José de Flores.

Salvia, A. y Tuñón, I. (2007). "Evaluación de impacto de las políticas públicas orientadas a mejorar las oportunidades de inclusión social de los jóvenes con déficit educativo y laboral: Un estudio de caso". *Actas electrónicas* de la Primera Reunión Nacional de Investigadores en Juventudes. La Plata: UNLP.

Segura, R. (2009). "Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del Gran Buenos Aires." En: Grimson, A., Ferraudi Curto, M.C. y Segura, R. (Comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Bs. As.: Prometeo.

Shore, C. (2010). La antropología y el estudio de la política pública. *Antípoda*, 10. Bogotá: Universidad de Los Andes.

Vallone, M. (2011). *Problemas Sociales Argentinos. Debates pendientes*. Disponible en: http://www.google.com.ar/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=5&cad=rja&uact=8&ved=0CDYQFjAE&url=http%3A%2F%2Fd.yimg.com%2Fkq%2Fgroups%2F14697465%2F1283514659%2Fname%2FU%2Bla%2Bplata%2Bart.doc&ei=EFVWVfuPI8OfgwSm9ICgCg&usg=AFQjCNGJXQFwQoEjKCspJ3zgpWFCCm6LTw&sig2=JykovvORNZ3fE7fPwx_qow&bvm=bv.93564037,d.eXY

Van Raap, V. (2010). *Educación, políticas sociales y acceso al mundo del trabajo: un estudio acerca de la desigualdad de oportunidades para los jóvenes en la Argentina.* Tesis de Maestría en Políticas Sociales. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Velazquez, P. y García Vargas, A. (2008). Entrevista con Doreen Massey "Hay que traer el espacio a la vida". *Signo y Pensamiento*, 53 (XXVII).

Vommaro, G. (2011). Las transformaciones de las miradas sobre la política popular en la Argentina: notas tomadas de una tesis.*Ensemble*, Revista Electrónica de la Casa Argentina en París.

Zicardi, A. (1984). El Tercer Gobierno Peronista y las Villas Miseria de la Ciudad de Buenos Aires (1973-1976). *Revista Mexicana de Sociología*.